

Un nuevo discurso de las armas y las letras

Sabino FERNÁNDEZ CAMPO

No sé por qué —o más sinceramente, porque lo sé demasiado— me gusta presumir de que tengo muchos años, una circunstancia que nadie me puede discutir y que da lugar a consecuencias diversas.

Por un lado, la proximidad del final de esa enfermedad terminal que adquirimos al nacer, nos puede producir la satisfacción de que ya no nos va a corresponder contemplar una serie de acontecimientos futuros que, por el camino que llevamos, no se anuncian como satisfactorios. Pero de otro, el temor de lo que vaya a suceder cuando dejemos esta vida y la falta de seguridad en cuanto al grado que pueda alcanzar la misericordia divina, nos inquieta ineludiblemente.

Sin embargo, es curioso que mi afán de llegar al año siguiente viene desde hace algún tiempo motivado por no perder la oportunidad de estar presente en estos cursos de La Granda, como el que hoy da comienzo. El placer de acudir a la cita de mi antiguo amigo tan querido y admirado como es Teodoro López Cuesta; coincidir con personas extraordinarias, amables, cultas y simpáticas; cambiar impresiones sinceras sobre temas concretos que en cada curso se señalan; reunirse en agradables almuerzos y cenas por el entorno de esta residencia ya convertida en familiar, son condiciones que hacen extraordinariamente agradable nuestra reunión y nuestra estancia.

Por fortuna este año estoy aún aquí, dispuesto a disfrutar por unos días, que siempre se hacen cortos, y dejar a un lado temporalmente los acontecimientos que ocurrieron y, si Dios no lo remedia, ocurrirán en este país, todavía llamado España.

En la presente ocasión, el tema de nuestro encuentro es el Quijote, puesto que se cumple el cuarto centenario de su aparición.

Y he de comenzar por dar mi palabra de que he leído la obra de Miguel de Cervantes.

La primera vez, siendo muy niño, tuve que hacerlo obligatoriamente, lo cual restó satisfacción al empeño, como sucede siempre que se impone la necesidad sobre la voluntad. No puedo decir que entonces me entusiasmara. Era difícil todavía penetrar no sólo en la belleza del lenguaje, sino también en el simbolismo de su contenido.

Me parecía además como un relleno extraño, las historias independientes que a través de la obra se incluían. Así como una serie de versos también útiles para hacer más extenso el volumen de la obra. Pero he vuelto a leerlo muchas veces, ya en la juventud y en la madurez, buscando la profundidad de su significado o las advertencias, consejos y refranes que en el libro puntualmente se descubren. Me pareció, sobre todo, que si fuera posible reunir el carácter de los dos personajes principales, Don Quijote y Sancho, tal vez pudiera componerse una combinación que produjera el español ideal, mezcla proporcionada de espíritu y materia, de imaginación y de sentido práctico. Pero una de las cosas que más me satisfizo de la lectura, dentro del placer que siempre supone disfrutar de una obra literaria excepcional, fue recordar un pensamiento de Miguel de Cervantes que dice así: *«No todas las cosas que suceden son buenas para contarlas, y podrían pasar sin serlo y sin quedar menoscabada la historia; acciones hay que por grandes deben callarse y otras que por bajas no deben decirse»*.

Un pensamiento que me ha servido de guía para fundamentar mi resolución de prudencia y silencio sobre muchos extremos que por necesidad deben afectarnos a lo largo de una vida ya muy prolongada. Y no me arrepiento nada de proceder así porque también a mí pudiera corresponderme la invención de una frase que dice: *«Lo importante que conozco no puede decirse y lo que puede decirse carece de "importancia"»*, y por ahora me ha ido bastante bien la aplicación del silencio.

* * *

Pero como el tema de mi intervención y del curso que con ella se inicia en este incomparable lugar de La Granda es el Quijote, con motivo de su cuarto centenario, al Quijote quisiera referirme. Y pienso que, dada la profesión que desempeñé durante muchos años, y aún siento dentro de mí, nada más adecuado que ir a parar al discurso de las Armas y Las Letras, que el Caballero de la triste Figura lanza en la venta y se recoge en el Capítulo XXXVIII del libro.

No voy a tratarlo directamente, pues ha pasado mucho tiempo y, aunque encierre verdades tal vez vigentes en toda época, me gustaría pensar que Don Miguel de Cervantes, militar mutilado y genio de las Letras, al hablar a través del héroe de su historia manifiesta sus propios pensamientos, pero sin duda los contemplaría en parte si se expresara en los momentos actuales.

Podríamos así imaginar que, en lugar de Don Quijote de la Mancha, el que habla ahora sobre el tema de las Armas y las Letras es otro personaje moderno, por ejemplo, un tal Don Juan Quijano, que ha superado ya con creces los 80 años de edad y que llega a su tertulia habitual en una cafetería, para opinar sobre el mismo tema que sirvió de base a Don Quijote en su discurso contenido en el libro. Don Juan había tomado parte en la guerra civil española de 1936 como Alférez Provisional de Infantería y había recorrido varios frentes durante la campaña. También había sufrido una herida en el brazo que se lo dejó inútil y le permitió ingresar en el Cuerpo de Caballeros Mutilados de Guerra por la Patria. Ahora es un abogado ya retirado del ejercicio de la profesión y se dedica tan sólo a ver pasar con tristeza los días que le separan de su final.

Sus amigos reconocen que Don Juan no está bien de la cabeza. La tiene llena de viejos recuerdos, de preocupaciones y de opiniones, sin duda, anticuadas, que le obsesionan y amargan la existencia. En definitiva, está bastante trastornado y sus amigos, aun cuando le quieren y le admiran, se llevan en ocasiones el dedo índice a la sien y lo hacen girar ligeramente para justificar sus desvaríos.

Se decía que el estado de su mente dependía en gran parte de la afanosa lectura de todos los libros que se habían publicado sobre la guerra civil española. Se había armado un verdadero lío y llegó a la conclusión de que la habían perdido los de su bando, a pesar de aquel parte de guerra —quizá no muy bien redactado— que comenzaba diciendo: *«En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo...»*

Don Juan no entendía nada y le costaba trabajo asimilar que si bien suele decirse que la historia de las guerras las escriben los vencedores, con la española ocurría todo lo contrario y las versiones se contradecían hasta el punto de volverle loco.

Al viejo Juan Quijano —que conservaba tan sólo la afición de la lectura— aún no le habían quemado los libros escritos sobre la guerra civil que él había conocido, y los leía con ansiedad esperando descubrir la verdad entre tantas versio-

nes apuestas, tendenciosas y a veces inconcebibles. No había aparecido todavía un cura bondadoso y un barbero eficaz, para organizar la hoguera donde debían abrazarse las obras, artículos y estudios escritos sobre una contienda dolorosa y fratricida. Tampoco el ama se había introducido en la habitación donde los libros reposaban, portando una escudilla de agua bendita y un hisopo para espantar a los encantadores que, sin duda, moraban en aquellos tomos malditos.

Mejor le hubiera ido a Don Juan Quijano si se hubiera hecho un rimero de los libros y prendido fuego, como sucedió el donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería del Ingenioso Hidalgo, siglos antes.

* * *

Aquella tarde llegó nuestro héroe actual a la cafetería donde se reunía su tertulia habitual de los sábados, saludó a los presentes, pidió un café a la camarera —que no se llamaba Maritornes, sino Anabel— y, aunque una tos pertinaz interrumpía de vez en cuando su discurso, lo comenzó de esta suerte:

Ahora que se cumple el cuarto centenario de la publicación del Quijote, no puede por menos de venirme a la memoria el famoso discurso de las Armas y las Letras que el héroe del libro pronunció en la venta. Tal vez pudiera incidir en lo que en el Quijote se presenta como una constante de la citada alocución y que se refiere tanto a la pobreza del soldado como a la del hombre de letras. Porque en este aspecto las cosas no han variado con exceso, a pesar de la profesionalización del servicio militar, que por lo visto no está dando resultados dignos de admiración, pero sobre los que prefiero callarme para no dar rienda suelta a mis pensamientos más íntimos.

Ni antes ni ahora resulta fácil para el hombre de armas hacerse rico, como no sea por procedimientos nada ortodoxos, realizando rapiñas en las ciudades conquistadas, las denominadas «*requisas*», que tienen un significado tan amplio, o utilizando procedimientos alejados por completo de la normalidad del honor y de la dignidad, y no nos remontemos a las altas esferas de los que no combaten en el campo de batalla, pero llevan la dirección política de la guerra, tantas veces inspirada por intereses materialistas y económicos.

No creo que las cosas hayan cambiado demasiado con los nuevos sistemas, y por las dificultades que se ponen de manifiesto para alistar voluntarios profesionales que se incorporen a las Fuerzas Armadas, pienso que las retribuciones no serán tenta-

doras ni seguras en su permanencia, como resaltaba Cervantes a través de Don Quijote, con el retraso en el recibo de las exiguas pagas y otras circunstancias negativas, combinadas con el riesgo de la vida o las heridas dolorosas como las que el propio autor padeció. Pero lo que tiene verdadera importancia —prosiguió Don Juan Quijano con exaltación— es el aspecto moral que tanto ha cambiado en la Milicia y que prefiero dejar para más adelante, a fin de proporcionarle el mayor énfasis y que os quede grabado en vuestras mentes, queridos amigos y compañeros.

* * *

Por lo que a las Letras atañe, el propio Cervantes, autor de la obra hoy celebrada en todo el mundo, sufrió estrecheces económicas y hasta estuvo en la cárcel por motivos relacionados con unas carencias que trataba de compensar por medios no ortodoxos.

También hoy en día hay escritores muy notables dotados de destacada inteligencia y profunda cultura, que manejando persistentemente, si no ya la pluma, el moderno ordenador, trabajan sin descanso y escriben meritorias obras, que no encuentran editor o dejan de producirles beneficios económicos, porque no están impulsados por la propaganda, tan importante en estos tiempos. Mientras que otros, mucho más vulgares, a base de descubrir intimidades, dar publicidad a detalles procaces o descubrir escándalos, multiplican las ediciones de sus informaciones y obtienen pingües beneficios.

Hay, además, otra figura actual que es la de los supuestos personales famosos que utilizan las armas más hirientes para dar a conocer secretos en las tertulias de la radio o de la televisión y que pueden considerarse como una mezcla de la utilización de las armas más despreciables para recoger en las letras noticias que debieran permanecer en secreto.

* * *

Don Juan Quijano se interrumpió unos momentos para tomar unos sorbos de café. Nadie se atrevió a intervenir, en espera de que continuara su discurso.

Y el nuevo Quijote continuó diciendo:

Pero dejadme volver al tema de las Armas, no en el aspecto económico, sino —como antes os anuncié— en el moral, en el del valor, la disciplina y la obediencia.

cia. No quiero amargaros la tarde, pero permitidme establecer una comparación tan sólo entre dos artículos de las antiguas Ordenanzas Militares de Carlos III y las que rigen en la actualidad, aprobadas por Ley de 28 de diciembre de 1978 e inspiradas por un afán democratizador, que si bien deben defender las Fuerzas Armadas, no pueden aplicar en su organización interna. Del contraste de estos dos artículos, sin más comentarios, podemos deducir claramente la diferencia abismal que los separa y que, sin duda, repercute en la disciplina de los Ejércitos.

El artículo 127 de las viejas Ordenanzas decía simplemente así: *«El que tuviera orden absoluta de conservar su puesto, a toda costa lo hará»*.

El 34 de las vigentes prescribe: *«Cuando las órdenes entrañen la ejecución de actos que manifiestamente sean contrarios a las leyes y usos de la guerra o constituyan delito, en particular contra la Constitución, ningún militar estará obligado a obedecerlas; en todo caso asumirá las graves responsabilidades de su acción u omisión»*.

El primero de esos artículos me lo sé de memoria desde que me incorporé al servicio militar —dijo Juan Quijano—, pero el segundo me lo he aprendido ahora para darme cuenta del contraste que existe entre los dos... No es necesario que os diga mi opinión de viejo militar, que tal vez se ha quedado anticuado. Pero a fin de dejar constancia de una opinión más autorizada que la mía, permitidme que os lea las palabras de un militar británico al comentar algunos episodios de la II Guerra Mundial y que he traído conmigo. Y sacando una cuartilla del bolsillo, el moderno Don Quijote leyó lo siguiente:

Sólo hay una clase de obediencia militar y es la obediencia ciega. Cualquiera, por poca experiencia que tenga del campo de batalla, puede darse cuenta de que es del todo imposible que miles de hombres que reciben y deben obedecer órdenes tengan que conocer su fundamento o buscar una explicación. Es igualmente imposible hacer saber la razón de cada movimiento o cada cambio en el plan previsto a los empleos inferiores. La rapidez de la transmisión y el cumplimiento de lo ordenado es un factor importante en el combate. Las órdenes pueden parecer ridículas y contradictorias; pueden formar parte de un plan para engañar al enemigo; pueden suponer el sacrificio deliberado de una Unidad, decidido para salvar en último término un mayor número de vidas o conquistar un objetivo decisivo; puede ser incluso una perfecta estupidez.

Pero ¿quién lo debe saber? Sea lo que fuere, si no se cumple sin reservas, la situación será peor y sobrevendrá el caos. Cada ocasión dejará, pues, un

margen distinto a la iniciativa o a la comprensión, según el conocimiento de las circunstancias, los datos que se posean para enjuiciarlas y el marco en que puedan desarrollarse las funciones de cada uno.

Al acabar su lectura, Don Juan Quijano comentó:

Mucho han cambiado las cosas con respecto a las Armas. En el Quijote, afirma su protagonista: *“Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las Armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas”*. Cabe pensar que también pueden considerarse letras las contenidas en las Leyes y en las disposiciones oficiales que regulan la organización y la misión de las Armas. Unas Letras que llevan a extrañas situaciones en las que la obediencia queda condicionada peligrosamente.

* * *

En el discurso de las Armas y las Letras, se indignaba Don Quijote de la forma en que los avances de los ingeniosos guerreros ensombrecían el valor de los auténticos caballeros que luchaban con su espada, mirando a los ojos del adversario.

«Bien hayan —añoraba— aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de artillería, a cuyo inventor tengo para mí en el Infierno se le está dando el premio a la diabólica invención, con la cual dio causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero...»

¿Qué diría ahora el Ingenioso Hidalgo a la vista de las *«guerras preventivas»*, que se desatan para evitar que se desaten otras que no se sabe si llegarían a desatarse y que en realidad comienzan cuando se declaran oficialmente terminadas; de los *«daños colaterales»* que encubren la muerte y el dolor de tantos inocentes; de las *«bombas inteligentes»*, que en tantas ocasiones se equivocan al aplicar su inteligencia; del *«fuego amigo»* de amistad dudosa, y hasta de los *«aviones sin piloto»* que obtienen fotografías del territorio enemigo o disparan misiles?

* * *

Don Juan Quijano se puso en pie solemnemente, se despidió de sus compañeros que le habían escuchado mudos y atentos, pagó su café a Anabel y se dirigió con paso firme hacia la puerta de la cafetería.

No sé si se habría dado cuenta de que acababa de pronunciar un nuevo discurso de las Armas y las Letras, cuatro siglos más moderno que el de Don Quijote de la Mancha en la inmortal obra de Miguel de Cervantes.

Por mi parte, al final de mi intervención al iniciarse este encuentro de La Granda, me gustaría reproducir como cosa mía, aunque se la sustraiga a un militar español del siglo XIX, Francisco Villamartín, la frase que tal vez pueda leerse todavía —si el afán democrático actual no la ha suprimido— en una placa del Museo Militar de Santa Cruz de Tenerife, y que dice así:

Desgraciado el país aquel que hace odiosa la carrera de las armas, aquel que alquila los ejércitos en los días de peligro. Aquel que los degrada nutriendo sus filas de hombres sin virtudes ni patriotismo. Aquel que con menosprecio mata el honor militar y ahoga las nobles ambiciones.